

UNIÓN REPUBLICANA

ORGANO DEL PARTIDO EN ESTE DISTRITO

Director: D. Manuel Perez y Perez

LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD

Precios de suscripción

— EN TODA ESPAÑA AL MES —

Cincuenta céntimos de peseta.
Número suelto 20 idem.

DIAS DE PUBLICACION

3, 10, 18 y 26 de cada mes

No se devuelven originales

OFICINAS

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

RIO, NUM. 10

Llagas Sociales

LA CANALLA

La verdadera canalla, la canalla sin justificación para sus acciones, ni atenuación para sus proceder, la canalla incapacitada para regenerarse ni redimirse, no la encontrareis en esas capas bajas de la sociedad.

La hallareis, por el contrario, donde se hallan ciertas gentes por la apariencia respetable que esconde su ruindad y su infamia bajo disfraces de austera virtud y caballerosa hidalguía. Donde se hallan los aventureros afortunados, que azares de la veleidosa fortuna ó caprichos de la loca suerte, no á méritos propios ni á personales prestigios, no al talento esclarecido ni á la laboriosidad afanosa al trabajo inteligente, ni á la virtud acrisolada, deben las posesiones sociales ó políticas que indebidamente ocupan.

En esos tipos donde las degeneraciones se confunden, donde á las grandes audacias se suman las mayores hipocresías y las cobardías mayores, encontrareis la verdadera canalla. El barniz deleznable de una aristocratización artificial y la falsa aureola de la adulación interesada con careta de sumisión respetuosa, en vano intentarán ocultar al degenerado en toda su repugnante desnudez moral.

Mientras con sonrisa de bondadosos hacen solemne protesta

de adhesión á la moral, á lo honrado, á lo justo, hacen la señal convenida al asbirro asalariado para el cínico atropello de lo justo, de lo honrado, de lo moral. Son los *sepulcros blanqueados* de que habla el Evangelio; descubrid lo que oculta su immaculada superficie, y solo hallareis en el fondo hediondez, cieno y podredumbre.

No hacemos el retrato de un individuo; hacemos el estudio de un tipo social, del que por desgracia existen en ésta muchos ejemplares.

¿Como se combate á esa canalla? ¿Como se le extirpa? ¿Como se la extermina?

No con el hierro y el fuego; sería concederle inmerecido honor. La hez, la escoria, la inmundicia se barre.

Los cañones, para desplomar los alcázares de la tiranía como en Rusia, cuyos desmanes mismos no están desprovistos de la aureola de lo grandioso, de la grandeza, de lo extraordinario.

Para arrojar lo que molesta, lo que apesta, la que mancha, con un pañuelo para la nariz, una escoba y un puntapié, basta.

LA HOSTERIA DE LA MUERTE

(Conclusión)

III

Relátase con gran precisión, que, cuando los esbirros tenían que cazar alguna víctima, esperaban las sombras de la noche, co-

mo acostumbran los malecheros de oficio, elegían el momento oportuno en que no se encontrase en su domicilio, para hacerle desaparecer de entre los vivos, sin que la familia ni nadie pudiesen sospechar ni revelar la causa de su repentina é inesplicable desaparición.

Cazado el infeliz tan inicua-mente, con semejantes precauciones, metíanle precipitadamente en un carromato lúgubre herméticamente cerrado, maniatada y amordazada la víctima, conducíanle sigilosamente á la Bastilla del Santo Oficio, dejándole en sitio seguro de la planta baja, y allí comenzaba el calvario en una pieza circular donde varios esqueletos, pegados á la pared le daban á comprender que en aquella *hostería de la muerte* se clavaba en vida á los huéspedes, para que esperasen tranquilos los tormentos que habían de salvar aquella alma extraviada de hereje ó impío empedernido.

En una galería próxima alumbrada por mortecina lámpara, haciendo más lúgubre la estancia, veíanse esqueletos humanos, de pié unos y arrojados en montón informe otros, cual si recibieran silenciosamente al neófito, que no podía por menos de fijarse en una boca de horno con las huellas de haber choriado por allí la grasa de las víctimas, consagrado á reemplazar en secreto las hogueras y braseros de las plazas públicas, que cayeron en desuso á consecuencia de las pícaras ideas liberales que han dado al traste

con aquella breva que engordaba á tantos secuestradores, bajo el manto hipócrita de una religión, que por escarnio y befa llaman *Cristiana* los fariseos.

En el primer cuerpo del edificio estaba el salón de actos del Santo tribunal, que por secretas galerías y ocultas escaleras comunicaba con el segundo piso. Dicha sala, adornada severamente, tenía á su frontis un escudo del que fue Papa, Pio V, y un crucifijo, á quien hacían presidir los actos de salvajismo á mayor gloria de Dios, y terminaba el adorno otro cuadro que quería representar al sanguinario Domingo de Guzmán, cuyo perro lleva en su boca la tea de la discordia, en forma de antorcha incendiaria, que recuerda la luctuosa noche de San Bartolomé.

A los extremos de la imponente sala de las tristes sentencias, veía la víctima dos puertas; una á la estancia del «primer padre compañero», la otra era del «segundo padre compañero», que eran dos fariseos hipócritas, desalmados inquisidores, desaprensivos sinvergüenzas, que aparentando una humildad que no tenían, desempeñaban la santa y pesada misión de *convertir definitivamente* á los reos.

El «primer padre», aparentaba una mansedumbre de *double* que denunciaba á un tuno redomado tratando de convertir á la víctima que inadvertidamente es impulsado á penetrar en la estancia del otro «segundo padre» tan repulsiyo como el primero. Abrése co-

mo por oculto resorte la puerta misteriosa; el primer lagarto im- pele y bendice á la víctima que no sabe si entrar ó retroceder, como sospechando una mala jugada, pero ve allá dentro un Reverendo que le espera ante una mesa con crucifijo y poniendo la confianza en el espíritu en Dios, penetra en la tétrica estancia y apenas pasa el umbral, fáltale el piso, al mismo tiempo que un brazo oculto descargaba un martillazo en la cabeza, y atontado caía en la profundidad del subterráneo, sepulcro de vivos, donde iba á acabar su agonía y morir sobre los esqueletos y la carne medio putrefacta de los antecesores.

Descubriéronse con horror en aquellos subterráneos, una capa de tierra negra, grasienta, blanda y aceitosa en algunos puntos, mezclada con huesos, cabe- lleras, trenzas de cabello, vestidos de formas diversas, despojos de los muertos entre el hambre y el silencio de una noche eterna, de una agonía interminable.

El glor nauseabundo que aque- lló despedía, hacia insoportable la permanencia de los testigos. Entre otras muchas cabezas se- mipeladas, distinguióse la de un niño de unos diez años, que al infeliz no le valieron las súplicas, los gritos, las lágrimas y el ter- ror, y quien sabe si fué allí acompañando en el tormento á su madre cariñosa.

Bajo un montón de trastos viejos de iglesia, se había oculta- do la entrada ó principio de una escalera con la terrible gale- ría de los calabozos in pace del santísimo Papa Pio V, donde hi- zo provisión de un pueblo de es- queletos, en nombre del Dios de amor, de bondad infinita y mise- ricordia sin límites, diciendo que la clemencia de Pio V consistía en el desapiadado castigo y exter- minio completo de los incrédulos.

Las paredes llenas de esquele- tos pendientes de argollas, pare- cían representar la danza maca- bra de una orgía infernal. Las calaveras amontonadas, simula- ban las bombas de un parque de la muerte, apiladas en pirámides donde aun se veían salir fuegos fatuos como en los cementerios y campos de batalla sangrienta don- de quedasen mal encubiertos por

su abundancia los cadáveres des- graçados. El tormento del enterramiento en vida, de pié y conical hasta los hombros, estaba bien mani- fiesto y pregonaba la crueldad de los verdugos. El de las cloacas, no era menos divertido, pues metido medio cuerpo en las sucias aguas, era comido por los habitantes de las alcantarillas, y moría gangre- nado y podrido en vida.

El Santo Oficio sabía variar los tormentos y los diversificaba para todos los gustos a fin de co- nocer y gozar con los dolores y gestos agónicos de sus víctimas inocentes. Allí aplastaban con los cráneos, el pensamiento, la inte- ligencia, la vida, entendimiento, y el alma de los sentenciados, no dejándoles de los elementos de vida más que lo que necesita un gusano.

Fariseos, hipócritas, misera- bles!

Así son los reyes

Así son, como ese bárbaro de Rusia que ayer parecía el caudi- llo del arbitraje, el propagandista agosto de la paz universal, el poeta cantor del «desarme», y es hoy la fiera ansiosa de sangre, Molok terrible en cuyo holocausto, un millón de hombres se exten- dina sobre los campos nevados, glaciales, de la Mandchuria.

Así son los reyes, como el su- premo sacerdote de todas las Ru- sias, ministro casi sobrehumano de una religión de amor, el «buen- padrecito» de los pueblos slavos, tan cándidos que ayer se emocio- naban ante el idilio santo del zar padre, inclinado amorosamente sobre la cuna del lobezno impe- rial, y que hoy rugen de dolor bajo el látigo cruel de los cosacos empujados por el «padrecito», que, sordo á sus quejas, los ame- tralla á bocajarro, los asesina, los patea, los descuartiza.

Así son, y no pueden ser y no- deben ser de otra manera. ¿Acaso un rey es un hombre? Ni es hombre ni es Dios. Es monstruo.

Lo engendra la tradición, lo unge la ignorancia, lo sostiene la cobardía de los pueblos. Fué, pero

ya no es. Vive de la santa alianza entre dos tiranías: la tiranía reli- giosa y la tiranía económica. Se necesitan recíprocamente, como la cumbre y el pararrayos. Los tres juntos constituyen el privilegio, es decir, la injusticia, es decir, la guerra social. El rey es la clave del arco.

No puede ser de otro modo. Si lo fuera, se derrumbaría esta or- ganización social, el rey se con- vertiría en ciudadano, y cuando los reyes dejan de ser reyes, los pueblos dejan de ser esclavos.

No hay un solo ejemplo. Si me lo presentáis, os diré que aquel no siguió siendo el rey, sino que el pueblo, el amor del pueblo, la voluntad del pueblo lo diputó primer magistrado de la nación.

Los verdaderos reyes no tienen, no pueden tener de humano sino lo imperfecto, lo que aun conser- va el hombre de la bestia: la lujuria del mico, la ridiculez del mo- no, la grosería del cerdo, la crueldad del tigre.

Cuando los reyes parecen ge- niales, son vesánicos, como Gui- llermo; cuando parecen galantes, son crapulos, como Eduardo; cuando parecen honrados, son es- cándalo de su hogar como Leo- poldo; cuando parecen hermosos, son bestias, como Carlos; cuando parecen llenos de virtudes, están vacíos de corazón, como Cristina; cuando parecen pacíficos y bue- nos, son sanguinarios y asesinos, como Nicolas.

Llegan en la sensualidad á la abyección, en el error á la terque- dad, en la crueldad á lo infinita- mente feroz. En la hora del in- fortunio les envilece la cobardía y el miedo les degrada.

No han hecho otra obra de jus- ticia que cuando han entregado su cabeza al verdugo.

No, los reyes no pueden ser de otra manera, porque no siendo ni divinos y humanos, ni dioses ni hombres, mientras sean, serán monstruos.

Como absolutos, son pernicio- sos. Como constitucionales, inú- tiles.

Un rey absoluto es una bestia peligrosa.

Un rey constitucional es una cosa indigna, como el resultado de un pacto en que se aportan dos abdicaciones que menguan dos soberanías, la del rey y la del pueblo, sin que la resultante sea

una soberanía verdadera ni en la teoría ni en la práctica. Acepto todas las consecuencias de mi afirmación.

Pues si absolutos son peligro- sos y constitucionales son inúti- les, ¿por qué los soportan los pue- blos?

Por el hábito de la esclavitud, que ha creado la falsa necesidad del amo.

Mientras haya reyes habrán esclavos. Cuando ellos desapare- can del mundo, alumbrará el día de la igualdad política y amanecerá el de la igualdad económica.

Deben desaparecer los reyes; es justo, es bueno, es natural que desaparezcan todos, absolutos y constitucionales.

Cuando absolutos, son escarnio y azote de la humanidad. Recor- dad esas infamias, esos horro- sos apocalípticos de Rusia. Los obreros, los campesinos, las po- bres mujeres, los estudiantes, los viejos, los niños, los pordioseros, los sacerdotes, los profesores, los artistas, los pensadores, los ju- díos, los cristianos, toda la triste gleba volcada á la calle desde el taller, desde la escuela, desde el surco, desde la mina, desde el templo, desde los antros todos, se ha postrado de hinojos sobre el lodo delante de la caverna del ti- gre, ha sido flajelada por el látigo del cosaco feroz, acuchillada ametrallada, perseguida, cazada, exterminada por los perros ra- biosos del asesino imperial; y la turba grandiosa de heroicos lu- chadores, de mártires sublimes fue empujada en todas las direc- ciones, acosada por el hierro, y por el plomo y por látigo; y sobre los heridos moribundos galopa- ron los cosacos; y sus caballos fe- roces defecaron sobre la sangre caliente, sobre la carne palpitan- te de los héroes y de los márti- res.

¡Oh, vosotros implacables acu- sadores! Decidme: ¿qué cantidad de dinamita sería necesaria em- plear para producir todas esas víctimas que han caído ante los pies del zar, asesinadas por esa tremenda bomba del despotismo sanguinario?

Y bien; ¿imaginais que los re- yes constitucionales son mejores? Son ridículos; reinan como Guig- nol, y su irresponsabilidad afren- ta á la justicia y envilece al pue- blo. Mientras el país se arruina en pactos como el del Zanjón, se

hacen negocios como los del Noroeste. Mientras las patrias se deshacen, ellos hacen su fortuna y la ponen bajo la custodia de Bancos extranjeros. Mientras los pueblos se amotan por la carestía de las subsistencias, ellos firman decretos y sancionan leyes regalando miles y millones de pesetas. Mientras el clero secular explota la superstición y envilece la fé religiosa para comerciar ellos nombran arzobispos á frailes indignos y conceden plaza á todos los conventos. Mientras la rutina, la ignorancia y aun la codicia malbaratan las dos terceras partes del presupuesto nacional, ellos atropellan la Constitución y el Parlamento para dar altos cargos á sus confesores, para hacer catedráticos á sus papagayos, para convertir sus Consejos de ministros en coros de sacristanes, para que siga el maestro humillado, el soldado sin soldada decorosa y el pueblo sin instrucción, sin educación, sin pan, sin justicia y sin trabajo. Mientras la Hacienda embarga millares de fincas rústicas por débitos de contribución, ellos amparan á los grandes ocultadores de riqueza y rodean de muros y hombres armados miles de hectáreas acotadas para criaderos de caza. Mientras el país se llena de conventos y de frailes, ellos ven impassibles que nuestra exportación nacional va quedando reducida á carne macilenta de labradores emigrantes, saqueados por el Fisco, robados por el caciquismo, empujados por el hambre. Mientras la escasa legión de nuestros varones ilustres piensan en el modo de regenerar la raza y salvar la nacionalidad por la ciencia y por el trabajo, ellos están siempre á punto de enajenar la independencia de la patria, sometiéndola á tuteladas extrañas mediante bodas que parecerían contubernios. Mientras los estadistas se preocupan en el modo de fomentar las riquezas naturales del país, inmovilizadas ó inexploradas por faltas de vías de comunicación, ellos mandan arreglar las carreteras... para correr en automóviles vertiginosos, donde la realza hace títeres con frecuencia.

¿Grandeza? Si. Los tímidos conejos caen á centenares. Los próceres no los quieren. La jauría no los come. Allá van, como un rasgo de magnanimidad altísima,

300 conejos para 300 cigarreras. ¿Para qué quieren las cigarreras tantos conejos? Mejor hubiera sido aumentarles un real diario el jornal.

Pero no hay término medio: ó terribles, como en Rusia, ó grotescos, como en... Guignol. O Nerón ó Cacaseno.

A veces, cuando la Lonrada demagogia, que vive de memorias, sueña con el cadalso coronado por la tajante cuchilla triangular, me parece que hace demasiado favor á los reyes de sainete constitucional deseándoles una apoteosis de tragedia histórica.

Eso era antaño, cuando había un Cromwell, un Danton, un Robespierre...

Hogaño, los reyes destronados, se marchan en automóvil, sonando sus cascabeles, oliendo á gasolina, tocando la trompeta y apretando en el bolsillo el libro de cheques contra el Banco de Inglaterra, nuestra futura suegra.

Así son los reyes; así son, y no pueden ser, no deben ser de otra manera.

Los pueblos que aman su dignidad, su libertad, sus derechos, se hacen incompatibles con la monarquía y contra el rey.

Solo los pueblos cobardes se resignan.

A. Lerroux.

Madrid 8 Febrero 1905.

(Publicado por «El Diluvio» de Barcelona.)

FANTASIA CARNAVALESCA

(Parodia)

Fiesta infernal en la residencia de los reptiles

Valiéndonos del poder que nos dispensa el Angel de la Bella Luz y cabalgando en escobas como las brujas de Alemania con el martillo ó machete de Sprenger por distintivo, penetramos secretamente en el caserón de las fiestas por uno de sus ventanales que carecía de guardián.

La fiesta infernal organizada por el Círculo de chupacirios en recordación de los actos de sus muertos, era apropiada y digna de los concurrentes.

El gran salón de actos estaba atestado de beatas disfrazadas de vírgenes averiadas con mucha propiedad, á quienes obsequiaban, popaban y mimaban excesi-

vamente los Padres sin familia, acompañados de Luises con bandejas de dulces y licores de los PP. Benedictinos que pasan por maestros en el arte del amélico.

A la puerta de entrada y á cada lado, una mesa con bandeja donde los asistentes dejaban la limosna que dos seráficos padres barrigudos recogían afanosos, devolviendo sonrisas y bendiciones.

Esparcida la selecta concurrencia por los espaciosos jardines, daban rienda suelta á las murmuraciones y diabólicos intentos para campañas ulteriores contra la prensa de los impíos y herejes de todas las cartas.

Un tipejo disfrazado de Roger de Eila quería representar un heraldo, llevando un pingajo por bandera, en que se leía con letras de fuego, «La Cloaca del Seguro» seguidos de otros reptiles de menor cuantía queriendo representar otros tantos lugares inmudos, con gran acompañamiento de murciélagos y lechuzas.

Seguían en desordenado barullo varias comunidades de hermanucos disfrazados de cordero, que apéstaban de una manera insoportable á caimanes, cocodrilos y lagartos, bailaban unos y tocaban otros, sendos piporros y chirimías desafinados, con tambores y cornetas que sobraron a los energúmenos de Cucala, Savalls y Cabrera, las fieras más salvajes de las pasadas guerras civiles.

Unos á pié arrastrando sus divergüenzas y otros á caballo de monstruos infernales, esperaban á que se diese el toque de aviso para hacer la entrada triunfal en el Salón, parodiando con gran algarada á los rifeños que saquearon á Cuenca y otras poblaciones, llevando por trofeos calaveras rodeadas de puñales todavía ensangrentadas.

Ravillac, Merino, Galeote y el cura Santa Cruz, completamente borrachos, representaban otras tantas máscaras, como maceros y reyes de armas eran el P. Robin, Verdino, Bellobosque y Verdebosque con estandartes de animales repugnantes, y criados, escuderos y pajes de la corte inmoral del gran Chapa, que lucía al cuello gruesa cadena, de la que pendía el As de Oros.

Una sección de la poca fé, llevando los utensilios del tormento, esperaban impacientes, haciendo visajes y guiños con sus caras

patibularias, y seguidos de jueces, esbirros y atormentadores del Mal oficio, con un estandarte en que se veía un gato negro emplumado representando el Liberalismo.

Marchaban á continuación grandes mascarones, representando la Falsa Ciencia con sus hijas de Neología, Jesuitología y Frailología con las sobrinas Dominicología y Flaminiología y gran acompañamiento de beatas con trages de lechuzas arapientas con cirios verdes, coronadas de flores amarillas como sus rostros icténicos.

Otras aves de rapiña llevaban coronas de adormideras y beleño, con los venenos en copas de cuerno, para acompañar con propiedad á los Genios de las Tinieblas, al Caos, la Duelo, la noche y la Muerte.

A continuación iba representado el Odio, con traje de aristócrata, llevando el libro de la Jesuitología, y conduciendo de la mano á su hija la Venganza.

Después, otro personaje con la bandera de los siete pecados mortales, y representaba la Gula, seguida de pajes, con los manjares para el festín.

Seguía despues la Hipocresía, con acompañamiento de falsos religiosos de ambos sexos que ofrecían al Gran Benitre, piltrafos de periodista, herejes para desagrar el Idolo, que esperaba en el Trono Mayor del Abuelo Luzbel.

Gatos, panteras y tigres encadenados, llevando collares de calaveras, eran conducidos en jaulas mugrientas. La guardia de honor de tan extraño soberano de los infernos, la daban músicos con cuernos y bailarinas de los palacios venecianos.

Como el objeto era festejar á la Mentira, acompañada de su madre la Calumnia, acudió al acto el Sol Bello, fariseando la Sonrisa y la Alegría, siguiendo la Fuerza y la Astucia, que guiaban el carro de la Muerte, tirado por el trono de los Malos Pensamientos.

Detrás marchaban en comparisa beatas disfrazadas de Soberbia, de la Pereza, el Placer, el Caos y la Lujuria, haciendo ademanes de refinada inmoralidad por los furrores de insaciabiles pasiones.

La Envidia y el Fariseismo conducían la caldera de Pedro Botero, en la que se veían fritos los fetos encontrados en los sitios reserrados.

Diose entrada en el Salón y em-

pezó el festín. Los platos eran ca-
laveras, de asquerosos aspectos, y
la gritería infernal, pero cuando
más entusiasmados se hallaban,
se oyó una fuerte detonación que
hizo volar el edificio, acabando
con la Mentira y el Mentidero.
Sálvese el que pueda.

INFORMACION

¡Adios, mi dinero!

Dice un periódico, que en algunas
poblaciones circulan con profusión mo-
nedas falsas de diez y cinco céntimos.

Hasta ahora, como las falsificaciones
eran de billetes de cincuenta pesetas
para arriba, no me preocupaba yo de
ello gran cosa, por el poco trato que
tengo con el papel moneda.

¡Pero falsificar los perros grandes y
los perros chicos!

¡Adios, mi tranquilidad! ¡Ya voy á
estar siempre con el temor de que me
metan una perra falsa!

¡Está es horrible! ¡Así no se puede
vivir!

Llamamos la atención del Sr. Admi-
nistrador de Correos, antes de recurrir
en queja á la Dirección General del ra-
mo, de que nos falta con harta frecuen-
cia el original que nos mandan de fue-
ra, teniendo ya la seguridad de no ha-
llarse detenido en parte alguna, pero
también la de haber sido secuestrado
por alguien á quien conviniera su desa-
parición.

Una enhorabuena.

Se la damos y muy de veras al ex-
director del diario sacristán.

Sí, Antonio, al fin has comprendido

el triste papel que en la redacción je-
suitesca toca hacer á sus *Directores*, y
los has dejado; la lástima es, el mucho
tiempo que has necesitado para com-
prenderlo, pero vamos, á nosotros que
te conocemos, no nos pasa desaperci-
bido el que no ha sido por falta de in-
teligencia.

Ya ves, ya ves el pago que esa gente
dá, estate sirviéndoles de... pantalla, sa-
críficate, sufre molestias judiciales y
otras, ¿para qué? pues para que en la
primera ocasión te demuestren que tu
papel allí, era el de simple *testaferro*.

Nosotros lo sentimos, pues hubiéramos
tenido mucho gusto en leer ese ar-
tículo que anunciaste, y que ha sido
la causa (muy justificada por cierto) de
tu enojo.

¡Que bien estaría! ¿en él los pondrías
de vuelta y media, verdad? porque, ¡cui-
dado que tenías ganas de cojerlos!

Nadie escarmenta en cabeza ajena.

Después de lo ocurrido al ex-director
de «La Vega» D. Antonio Pescetto Ba-
laguer, cuya actitud renunciando el
cargo ha estado muy en consonancia
con el proceder de quienes creen que un
Director es un simple *cartel*, nos parece
extraño que haya existido persona de
carácter capaz de representar el idé-
ntico papel que su antecesor.

Porque, desengañese el Sr. Die, en
esa sacristía, no hay más voz ni voto
que la que vaya á representar el espí-
ritu jesuita, bien bajo la forma de *pí-
ldoras* ó de algún *armonium*; lo demás,
tontería, la misión de su Director, estar
al tanto de cuantos papeles ridículos se
pierdan por la ciudad, y si quiere pu-
blicar algo propio, sufrirá la sanción de
algún *miope*.

Con motivo del cambio de Director
en «La Vega», se habla mucho estos
días, y solo se explica el que haya acep-

tado ese cargo persona tan respetable
como el Sr. Die, por el anhelo de po-
nerse una *corona*, como católico, al de-
fender la religión.

Pero no conviene olvidar que, una
corona puede recordar otra.

En el número de «La Vega», corres-
pondiente al 7 del actual, aparece «Lo
que pagamos los españoles», pero, el
colega solo se ocupa de las cargas al
Estado; ¿y á la Iglesia? porque ya que
se exponga una cuestión, hay que ha-
cerlo bien, sin omitir, lo que es cierto,
y supera á lo demás.

Empiece, empiece el diario por pu-
blicar que el español, al nacer, tiene que
pagar para que lo admitan en el catoli-
cismo, y hasta después de muerto le de-
vengan derechos los curas y sacrista-
nes; y analizando todos esos pagos, apa-
recerá, que si bien el Estado se apro-
vecha de nuestros sudores, no deja la
Iglesia de hacer otro tanto con nuestra
sangre.

Hemos recibido la visita de nuestros
colegas «Germinal» de Cartagena y «El
Gorro Frigio» de Ibiza, ambos republi-
canos. El primero es un nuevo comba-
tiente en el campo de la República para
las provincias de Murcia, Albacete, Al-
mería y Alicante.

Les deseamos larga vida y establece-
mos gustosos el cambio.

Apesar de los Triduos y sermones que
en las innumerables Iglesias de esta ciu-
dad se han celebrado estos días, no han
conseguido su objeto cual era el separar
gente del carnaval.

Este año, se ha visto más concurrido
y son bastantes los beatos y beatas que

sin *escrúpulo* han puesto sobre sus *hones-
tas* caras el *inmundo* antifaz.

Por falta de espacio, no hemos po-
dido publicar la continuación del artí-
culo titulado «Oliendo á Azufre, el cual
se publicará en el número próximo.

La más correcta, galana y económica
edición de la célebre obra *Los siete
pecados capitales*, de Eugenio Sue, es la
que lleva adelanté el impresor D. Luis
Tasso, de Barcelona, por cuadernos de
32 páginas, acompañando á cada uno
artística lámina, que se expenden á 15
céntimos el ejemplar; de los cuales co-
rresponde á la última semana el señala-
do con el número 22.

Rogamos si alguna persona ha
encontrado una libreta de impo-
sición de la Caja de Ahorros y
Socorros de esta ciudad, señalada
con el número 1919, la presente
en esta Redacción para entregár-
sela á su dueño.

Se hará una verdadera obra de
caridad, por tratarse de un pobre
y honradísimo trabajador, á quien
se le ha extraviado dicho docu-
mento.

Naranja sin helar

en el huerto de la calle del Cole-
gio, núm. 40, se venden por do-
ceñas y cientos, tanto caida como
cortada del árbol.

Imp. de Manuel Pérez, Rio, 10

Nueva Imprenta

SE HACEN CON ESMERO

La Económica

Facturas

Membretes

Circulares

CALLE DE HOSTALES, 34

ORIHUELA

Sobres

Tarjetas de visita

Recordatorios

Este nuevo establecimiento ofrece al público
toda clase de impresos.

Esquelas de defunción

A PRECIOS MAS VENTAJOSOS

QUE EN LOS DEMAS

Reglamentos

Trabajos en colores

Los trabajos para fuera de la localidad se remi-
ten francos de porte.

y todo lo concerniente al arte de imprimir

